

BRONCE FINAL ATLANTICO EN EL NOROESTE DE LA CUENCA DEL DUERO

*Germán Delibes de Castro **
*Julio Fernández Manzano **

El Noroeste de la Cuenca del Duero — básicamente los límites actuales de la Provincia de León — reúne condiciones idóneas para la colonización humana, lo cual no pasó inadvertido al hombre prehistórico. Es evidente, sin embargo, que a partir del Tercer Milenio, conforme la metalurgia se fué introduciendo en la Península, un hecho específico contribuyó a hacer aún más atractivo el territorio: la relativa riqueza de su suelo en minerales cupríferos, presentados bajos la forma de malaquitas y azuritas, como las célebres de Villamanín, las cuales indudablemente condicionaron el surgimiento en este sector, así como en los territorios aledaños, de una pujante industria metalúrgica durante la Edad del Bronce.

Dicha actividad fundidora, más o menos bien contrastada desde el punto de vista arqueológico, sorprendentemente no ha sido todavía objeto del trabajo profundo y detenido que su importancia exige, y de ahí que hasta el momento todo lo escrito en relación con el tema se reduzca a unos ensayos de escaso alcance — como los, no por ello menos meritorios, de Gomez Moreno (1) y Luengo Martínez (2) — y a determinadas aportaciones parciales en las que se renuncia deliberadamente a planteamientos más generales. Así las cosas, hemos de reconocer que la Protohistoria de este área solo se conoce hoy de manera superficial, y que los estudios sobre dicho campo se encuentran con un retraso de algunas décadas con respecto a los de otros territorios no muy alejados geográficamente.

Es un intento de paliar esta situación de laguna científica, abordamos en el presente trabajo el análisis del Bronce Final, intentando con ello estructurar una síntesis que pueda servir para determinar la situación en que la zona se encontraba, en un momento previo a la arribada de los imprecisamente llamados «pueblos indoeuropeos». Por su parte, no creemos aventurado afirmar que las posibles conclusiones que del mismo podamos obtener, tengan validez igualmente para otros espacios geográficamente próximos teñidos por el denominador común de «atlantismo», aún cuando seamos conscientes que poseen no pocas peculiaridades culturales propias, este sería el caso de Asturias, Galicia, el Norte de Portugal y el resto de la propia Meseta. En todos los casos se documentan tipos metálicos afines, e incluso, puede resultar aún más significativo el hecho de que manifestaciones de Gogotas I, hasta no hace mucho conocidas exclusivamente la Meseta, afecten también a otras latitudes ibéricas, entre ellas la provincia de Orense y las proximidades de Oporto (3), con lo que es factible, que la reconstrucción cultural que ahora establecemos pueda trascender a aquellas zonas.

Sin duda, el acontecimiento más importante que marca el inicio del Bronce Final en toda Europa, lo constituye el nacimiento y difusión de la cultura de los Campos de Urmas. La expansión de estos pueblos provocará en su avance — en Centroeuropa y el Mediterráneo — un virtual aniquilamiento de las culturas del Bronce Medio, siguiendo el resto de los territorios europeos con su desarrollo, más o menos independiente, aunque de alguna manera influenciados por las novedades que aportan aquellas comunidades. Al igual que en el occidente europeo, un proceso similar acontecerá en las costas atlánticas de la Península Ibérica, si bien aquí, las aportaciones — renovación de los sistemas de fundición, así como incorporación de nuevas armas y herramientas — no impactarán directamente desde Centroeuropa, sino a través de otros grupos atlánticos que previamente las habían asimilado a su elenco material.

Contrariamente a lo sucede en los Urnenfelder, donde la metalurgia no deja de constituir un aspecto más, en el Bronce Final Atlántico, la misma constituye prácticamente la única actividad industrial constatada arqueológicamente. Su valoración se tornará, pues, decisiva, en cuanto que a partir de ella se van a estructurar los esquemas de periodización, simplificados, de esta fase — las consabidas Bronce Final, I, II y III —, vigentes para la zona objeto de nuestro estudio, puesto que consideramos que la misma se alinea bastante incondicionalmente con el fenómeno, de discutible alcance cultural, que se

* Universidad Valladolid.

(1) GOMEZ MORENO, M. *Catálogo Monumental de España. Provincia de León*, Madrid, 1925.

(2) LUENGO MARTINEZ, J. M. *El período Eneolítico y la Edad del Bronce en la Provincia de León, Corona de estudios que la Sociedad Española de Antropología, Etnografía y Prehistoria dedica a sus mártires*, Madrid, 1941.

(3) OLIVEIRA JORGE, S. A estação arqueológica do Tapado da Caldeira, Baião, *Portugalia*, Nova Série, vol. 1, 1980, pp. 29-50.

conoce habitualmente con el título de «Bronce Atlántico». Con ello no defendemos la impersonalidad cultural del Bronce Final en este sector, lo que de por sí justificaría también la búsqueda fuera del mismo de los criterios básicos para vertebrar la secuencia prehistórica local; simplemente denunciamos la imposibilidad de aplicar otro tipo de clasificación ante el ínfimo nivel cualitativo de la documentación arqueológica disponible. Todos los hallazgos conocidos se han producido prácticamente de forma fortuita y no son, por lo tanto, resultado de investigación sistemática. Urge, por consiguiente, llevar a cabo una investigación programada que tenga como objetivo prioritario la búsqueda de un contexto para tantos y tan notables hallazgos casuales. Mientras tanto habremos de contentarnos con las breves y provisionales consideraciones que siguen.

a) *El Bronce Final I* — La renovación de los tipos metálicos que, como eco de lo que ocurre en Centroeuropa, conocen los talleres de las costas atlánticas de Francia se deja sentir prácticamente desde finales del siglo XIII, es decir apenas con un mínimo retraso con respecto a la eclosión de los Campos de Urnas. En el Oeste de Iberia sin embargo, seguramente por su mayor lejanía con respecto a los centros impulsores de tales novedades, la asimilación de éstas se efectuó a través de intermediarios bretones y aquitanos. Ello determinó que su penetración, con anterioridad al siglo XI en que se produce una mayor identificación a nivel de cultura material con los centros de uno y otro lado del Canal de la Mancha, fuese lenta y poco perceptible. Quiere decir ello que el occidente de la Península en el Bronce Final I vivió en cierto modo a espaldas de los Urnenfelder y de las transformaciones que su eclosión llegó a ocasionar en el Atlántico, lo que justifica que apenas si llegasen a ella estoques de Rosnoen o Ballintober; que continuasen en uso, con toda normalidad, los modelos argáricos más evolucionados, o que sólo tímidamente comenzasen a fabricarse hachas de talón, perdurando todavía en muchos casos los tipos planos. En resumen, que las tierras ibéricas, salvo excepciones, vivieron en este período un aislamiento al que cabe responsabilizar de la pervivencia de unas formas de cultura material evidentemente anticuadas.

Son muy pocos por esta razón los conjuntos peninsulares que cabe atribuir con certeza a este Bronce Final I. Carentes de una personalidad específica, se confunden de hecho con los del Bronce Medio, y sólo cuando forma parte de los mismos algún elemento moderno, seguramente importado, existen garantías para situarlos entre 1.250 y 1.100, que son las fechas convencionalmente asignadas a esta etapa. Tenemos la fortuna de contar con un conjunto bastante inequívoco del Bronce Final I de la provincia de León: el del Otero de Valdevimbre, de la región del Páramo, constituido por cuatro piezas arcaicas — dos hachas planas y dos puñales triangulares con orificios en la base — y otras cuatro posteriores, a saber, una lanza de empuje tubular, un regatón de similar diseño, un pequeño yunque y una sierra de cinta o de arco (4).

De los cuatro primeros elementos, dos — un hacha próxima a las de Barcelos y un puñal triangular con cuatro orificios en la base formando un trapecio — se clasifican sin problemas en el Bronce Medio, y los otros dos — el puñal más largo, plano, y el hacha más ancha y de filo tenso — podrían incluso ser de fines del Bronce Antiguo. Sin embargo las otras cuatro piezas reclaman cronologías bastante posteriores y, en general, un origen septentrional atlántico. La lanza, por ejemplo, es muy esbelta y responde a tipos europeos tanto del Bronce Final I como del final del Bronce Medio. Los del grupo bretón de Rosnoen o la Gentry phase escocesa se contarían entre los primeros (5), mientras que una pieza del depósito de L'Arnavé del Midi francés, las de tipo Valsomagle de la zona Nórdica y las ofrendadas en algunas tumbas avanzadas de la cultura de los Túmulos de Centroeuropa constituirían sus mejores réplicas en contextos del Bronce Medio (6). En todo caso parece evidente que esta de Valdevimbre es una de las primeras lanzas tubulares conocidas en la Península Ibérica, y con toda probabilidad una pieza importada. El regatón tubular tendría una cronología análoga si como cabe lícitamente sospechar, se encontraba originalmente engastado en el extremo opuesto del mismo astil en que lo estaba la lanza; de hecho piezas similares se documentan en contextos del Bronce Medio III/Bronce Final I tanto de las Islas Británicas como de las costas del Báltico, lo que confirma la datación de aquella e, incluso, avala su procedencia septentrional (7). El yunque, sin encajar exactamente en los más típicos modelos del Oeste europeo, sí podría considerarse una versión simplificada del tipo I de Moreau en el que cuadra perfectamente el ejemplar del clásico depósito francés de Porcieu Amblagnieu (8). Este, según Bocquet, debe datarse al final del Bronce Medio III por lo que significativamente su cronología coincide con la de los dos

(4) Sobre el conjunto, DELIBES DE CASTRO, D. y FERNANDEZ MANZANO, J. En torno al depósito de la Edad del Bronce de Valdevimbre (León), *Sautuola*, III, 1983, pp. 101-119.

(5) BLANCHET, J. P. et MOHEN, J. P. Le dépôt du Bronze Final de Saint Just en Chaussée (Oise), *B. S. P. F.*, 74, 1977, pp. 474-475; COLES, J. *Scottish Middle Bronze Age Metalwork*, XCVII, 1963-1964, pp. 104-106.

(6) GUILAINE, J. *L'Age du Bronze en Languedoc*, Paris, 1974, pp. 140-142, fig. 44; ZIEGERT, H., *Zur Chronologie und gruppengliederung der Westlichen Hügelgräbenkultur*, (Berliner Beiträge zur vor- und Frühgeschichte, VII), 1963, taf. 5 y 13; JACOB FRIESEN, G. *Bronzezeitliche Lanzenspitzen Norddeutschland und Skandinaviens*, Hildesheim, 1957, pp. 117-136.

(7) ROWLANDS, M. J. *The organisation of Middle Bronze Age Metalwork*, (B.A.R., 31, I), Oxford, 1976, p. 61; BUTLER, J. J. *Bronze Age connexions across the North Sea*, *Paleohistoria*, 9, 1963, p. 133.

(8) MOREAU, J. Un moule déncleme de l'Age du Bronze trouvée en La Lède du Gurd (Gironde), *G.P.*, XIV, 1971, pp. 267-269; BOCQUET, A. *L'Isere Préhistorique*, *G.P.*, XII, 1969, pp. 160.

elementos anteriores. Y, finalmente, otro tanto cabría señalar para el tipo de sierra representada en este conjunto leonés, ya que difiere notablemente de los serruchos calcolíticos y se identifica en sus principales rasgos con los modelos del «Ornament Horizon» de Gran Bretaña (transición hacia el Bronce Final I) y de su contemporánea irlandesa la fase Bishopland⁽⁹⁾.

Segun todo ello podría concluirse que el de Valdevimbre, pese a lo que llegó a insinuar alguna vez Luengo, es un depósito unitario — constituido por *un sólo conjunto de piezas* — que agrupa tipos locales arcaicos del Bronce Medio junto con otros, muy probablemente importados, propios del Bronce Final, y cuya ocultación tuvo lugar en ese interesante momento (el siglo XII con bastante seguridad) en el que el occidente de la Península Ibérica supera aislamiento que padece durante casi todo el Bronce Medio y se incorpora a la órbita de los pujantes grupos metalúrgicos ribereños del océano Atlántico.

b) *El Bronce Final II* — A fines del siglo XII a. de J.C. um determinado tipo de espada de puño tripartito y perfil pistiliforme, con un fuerte ensanchamiento en el tercio inferior de su hoja, se encuentra en voga entre las gentes centroeuropeas de los Campos de Urnas. Son las espadas de tipo Hemigkofen, derivadas de los modelos de Treviblice y características del periodo III de los Urnenfelder (Ha A2), que van a sustituir a los estoques de fases anteriores (Bronce Final I) como los de Rixheim, Monza o sus derivados⁽¹⁰⁾. Se trata de armas bastante más avanzadas que estas últimas, que ofrecen ya la ventaja de tener fundidas en una sola pieza hoja y puño, y que por ello alcanzaron un vasta y rápida difusión. Dentro de ese contexto se entiende que algunas espadas Hemigkofen fueran importadas desde territorios totalmente jenos a la expansión de los Campos de Urnas, como las costas occidentales de Francia — tanto la región de Paris como Bretaña⁽¹¹⁾ — donde se hace coincidir su llegada con la inauguración del Bronce Final II.

No obstante, el rasgo más destacado de los focos atlánticos en este período no va a ser la importación de esas armas centroeuropeas, sino su imitación por parte de los artesanos locales, ya que efectivamente las primeras espadas Hemigkofen sirvieron de modelo e inspiraron nuevos tipos eminentemente atlánticos, todos ellos con hojas pistiliformes, como las espadas del Loire y girondinas en el occidente de Francia o las de Hammersmith en el Sureste de Inglaterra⁽¹²⁾. Tales tipos, distribuidos virtualmente por todos los territorios del occidente europeo, son realmente los fósiles guía del Bronce Final II atlántico, y lógicamente no faltan — en tanto se trata ya de un foco plenamente incorporado a tal Bronce Atlántico — en el cuadrante Noroeste peninsular, donde se reconocen preferentemente en Galicia, Asturias, el Norte de Portugal y, sobre todo, en la provincia de León⁽¹³⁾.

Las espadas pistiliformes leonesas documentadas hasta el momento son las de los Museos de Barcelona y San Marcos, la de Veguellina de Orbigo, la del Museo de Belen, presuntamente hallada en La Cabrera⁽¹⁴⁾, y una más recuperada en el alto Cea, al Norte de Sahagun, que se conserva en la colección Fontaneda⁽¹⁵⁾. Es difícil distinguir si se trata de productos locales o importados. En la Península se desconocen moldes que sirvieran para fundir estos modelos⁽¹⁶⁾ lo que podría utilizarse como argumento en contra de su indigenismo, pero a favor obra el hecho de que en su gran mayoría responden a un esquema distinto al de las espadas del Loire y sólo en parte afin al de las aquitanas de Saint Denis de Pile. Mas bien, por esa razón, creemos se trata de manufacturas meridionales, seguramente ibéricas, salvo en el caso de la espada de La Cabrera que, como la de Alhama de Aragón, reivindica estrecho y preciso parentesco bretón. De tal manera es posible descartar, bastante definitivamente, aquella hipótesis de Evans que atribuía la presencia de estas armas a la llegada de un pueblo extraño, presumiblemente centroeuropeo, al que bautizó con el gráfico nombre de los «sword-bearers»⁽¹⁷⁾.

Desgraciadamente las espadas pistiliformes ibéricas aparecen muy rara vez asociadas a otros elementos, lo que hace difícil saber cuales son los materiales que caracterizan, junto con ellas, el Bronce Final II de estas tierras. La de Alhama de Aragón conservaba aun la contera metálica de la funda en que se

⁽⁹⁾ SMITH, M. A. Some Somerset hoards and their place in the Bronze Age of Southern Britain, *P.P.S.*, XXV, 1959, p. 150; EOGAN, G. The date Bronze Age in Ireland in the light of recent research, *P.P.S.*, XXX, 1964, p. 276, fig. 5.

⁽¹⁰⁾ GAUCHER, G. et MOHEN, J. P. *Typologie des objets de L'Age du Bronze en France. I. Epées*, Paris, 1972, p. 523.

⁽¹¹⁾ BRIAND, J. *Les dépôts bretons et L'Age du Bronze Atlantique*, Rennes, 1965, pp. 185-187; MOHEN, J. P. *L'Age du Bronze dans la region de Paris*, Paris, 1977, pp. 119-120.

⁽¹²⁾ COFFYN, A. Les civilisations de L'Age du Bronze en Aquitaine, en *La Préhistoire Française*, II, Paris, 1976, pp. 534-542.

⁽¹³⁾ DELIBES DE CASTRO, G. y MAÑANES PEREZ, T. La espada del Bronce Final de Veguellina de Orbigo (León), *B.S.A.A.*, XLV, 1979, pp. 158 y ss.

⁽¹⁴⁾ LEITE DE VASCONCELOS, T. Amostras da secção Hespanhola do Museu Etnológico de Belém (Portugal), *Anuario del Cuerpo de Archiv. Bibliot. y Arq.*, I, 1934, p. 51, fig. 1, 5.

⁽¹⁵⁾ Inédita. Nos proponemos estudiarla próximamente en colaboración con su propietario.

⁽¹⁶⁾ Sólomente conocemos uno para modelos de Hemigkofen hallado en Huesca (BARRIL, M., DELIBES DE CASTRO, G. y RUIZ ZAPATERO, G. Moldes de Fundición del Bronce Final procedentes del Regal de Pidola, Huesca, *T. de P.*, 38, 1982, pp. 369-383.

⁽¹⁷⁾ SAVORY, H. N. The «sword bearears»: a reinterptation, *P.P.S.* XIV, 1948, p. 155-176.

envainaba originalmente ⁽¹⁸⁾; la alavesa de Solacueva de Lacoymonte podría haber aparecido en conexión con cerámicas excisas y del Boquique del grupo Cogotas I ⁽¹⁹⁾, y la asturiana de Sobrefoz se halló, en asociación no poco aberrante, con un puñal de bronce de antenas de inicios del Ha C, pero también con una lanza británica de alerones perforados en la base, que cabría situar en fechas bastante acordes con el Bronce Final II del Reino Unido ⁽²⁰⁾. En todo caso, como decimos, son pocas estas asociaciones y no demasiado típicas como para considerar definido convincentemente todo el contexto cultural que posibilitó su existencia. Entonces ¿qué otros elementos cabría poner en relación con dicho contexto, pese a faltar la evidencia de su nexa directo con las espadas pistiliformes?

Casi con toda seguridad durante el Bronce Final II los talleres bronzistas del Noroeste fabricaron las típicas hachas de talón hispánicas, con una y dos anillas, aun cuando su producción no cesara, y hasta posiblemente alcanzara su punto álgido, en el Bronce Final III. De hecho algunas de estas hachas exportadas al Suroeste francés aparecen vinculadas preferentemente a horizontes del Bronce Final II ⁽²¹⁾, y otras análogas, sobre todo en las tierras de la Meseta, se encuentran relacionadas con regatones tubulares, como los más clásicos bretones de Saint Brieu des Iffs, de esta misma cronología ⁽²²⁾. En la provincia de León son muchos los hallazgos de «palstaves» con asas conocidos, que, en principio por esta razón creemos susceptibles de asimilarse al Bronce Final II. Entre ellos se podrían relacionar los de Astorga, Cistierna, Cofiñal, Cornombre, Manzaneda, Mondreganes, Ponferrada, Pontedo, Sam Emiliano, Santa María del Río, Torneros de Valdería, Toreno, Villasabariego, Villaverde de Arcayo, Villamiraz, etc. y sobre todo los cuatro ejemplares de dos asas de Camposalinas, que, según refirió el P. Morán, formaban un pequeño depósito junto con un cincel de cubo o regatón también análogo a los de Wilburton o Saint Brieu des Iffs, y dos barras de bronce macizas (¿escoplos?) sin decoración ⁽²³⁾. En todo caso lo que sí parece cierto es que estas hachas de talón leonesas responden a modelos distintos — con hojas más abiertas y bordes menos paralelos — que los gallegos, y que ofrecen mayores afinidades con los tipos de las tierras de la Meseta y especialmente los palentinos, burgaleses, asturianos y santanderinos ⁽²⁴⁾. Con ello descartamos puedan interpretarse como piezas importadas del Noroeste, aunque si haya podido encontrarse allí la inspiración del modelo, y entrevemos la posibilidad de que sean elementos producidos localmente, pese a que los únicos moldes documentados para dichos procedan de Linares de Riofrío, en la provincia de Salamanca ⁽²⁵⁾.

Una asociación bastante frecuente en las tierras del alto y medio Duero es la del hacha de talón con la de apéndices laterales o muñones. Se documenta, por ejemplo, en Covalada ⁽²⁶⁾, Gumiel de Hizán ⁽²⁷⁾ y Coruña del Conde ⁽²⁸⁾, y pone de manifiesto que en un determinado momento ambas herramientas coexistieron. Desde luego hay constancia de que estas hachas de apéndices, originarias ultimamente del Cáucaso ⁽²⁹⁾ y llegadas a través del camino del Mediterráneo, todavía se fundían en el Bronce Final III en el territorio atlántico, al igual que las hachas de talón, mas muy verosimilmente ya se encontraban en uso con anterioridad al 850, según cabe deducir de las fechas que se conceden a los tipos, muy próximos, italianos ⁽³⁰⁾. Por lo tanto presumimos su correspondencia, al menos parcialmente, con el Bronce Final II. Por otra parte, son elementos muy frecuentes en la provincia de León en sus límites — concretamente en León se documentan en Almanza, Cea, Mirantes de Luna, Oblanca, Posada de Valduerna y San Justo de la Vega —, dándose el caso de que existen unas características muy peculiares (con el cuerpo muy esbelto, el filo amplio y convexo, y los muñones oblicuos, ligeramente enhiestos en vez de horizontales) que evidencian sin demasiadas dudas que se trata de productos salidos de un taller regional.

⁽¹⁸⁾ HARRISON, R. J. Nota acerca de algunas espadas del Bronce Final en la Península Ibérica, *Ampurias*, 36, 1974, pp. 226-230.

⁽¹⁹⁾ LLANOS, A. Cerámica excisa en Alava y provincias limítrofes, *E.A.A.*, 5, 1972, p. 87.

⁽²⁰⁾ ALMAGRO GORBEA, M. La espada de Entrambasaguas. Aportación a la secuencia de espadas del Bronce en el Norte de la Península Ibérica, *XL Aniversario del Centro de Estudios Montañeses*, III, Santander, 1976, pp. 465 y 474.

⁽²¹⁾ COFFYN, A. Les haches a talón de type hispanique en France, *XIV CNArq.*, Vitoria, 1975, Zaragoza, 1977, pp. 487-502.

⁽²²⁾ BRIARD, J. *Les dépôts...*, ob. cit., pp. 177-180; BURGESS, C. The Bronze Age, en *British Prehistory*, London, 1974, p. 208. Tales regatones aparecen por ejemplo en Covalada (Soria) (ORTEGO FRIAS, T. Bronce atlántico en territorio soriano, *IV CNArq.*, Burgos, 1955, Zaragoza, 1957, p. 117.

⁽²³⁾ MORAN, C. Excursiones arqueológicas por tierras de León, *Archivos Leoneses*, III, 6, 1949, pp. 40-42.

⁽²⁴⁾ Véanse los modelos referidos en la obra de: MONTEAGUDO, L. *Die beile auf der Iberischen Halbinsel*, (P.B.F., A., 6), München, 1977.

⁽²⁵⁾ MORAN, C. Molde salmantino para hacha de talón, *Corona de estudios que la Sociedade Española de Antropología, Etnografía y Prehistoria dedica a sus mártires*, Madrid, 1941, p. 158 y ss.

⁽²⁶⁾ APRAIZ BUESA, R. de Museo Celtibérico de Soria. Adquisiciones, *Memorias de los Museos Arqueológicos*, 1954, XV, Madrid, 1958, pp. 198-200.

⁽²⁷⁾ OSABA Y RUIZ DE ERENCHUM, B. Catálogo arqueológico de la provincia de Burgos, *NAHisp.*, II, 1-3, 1962, Madrid, 1964, p. 240.

⁽²⁸⁾ MELIDA, J. R. *Adquisiciones del Museo Arqueológico Nacional en 1919*, Madrid, 1921, p. 12.

⁽²⁹⁾ DESHAYES, J. *Les outils de bronze de l'Indus au Danube*, Paris, 1960, p. 114.

⁽³⁰⁾ HARDING, A. Mycenaean Greece and Europe: the evidence of bronze tools and implements, *P.P.S.*, 41, 1975, pp. 184-186.

Bastará por ello comprobar la abundancia de palstaves y hachas de apéndices en este territorio, su principal concentración en las tierras altas de la provincia, es decir en las zonas más próximas a las minas de cobre, y la personalidad de los modelos a que corresponden unos y otras para concluir que durante este Bronce Final II la montaña leonesa conoce un gran desarrollo metalúrgico, el cual coincide con la eclosión de otros talleres locales en distintos puntos de la Meseta Norte como el palentino de la zona de Las Peñas o el soriano-burgalés de la vertiente occidental de la Sierra de la Demanda⁽³¹⁾.

Finalmente es posible que haya que vincular a esta etapa otras manufacturas de cronología mucho más ambigua, como el pequeño conjunto de lanzas tubulares de Represa, lamentablemente perdido, una nueva lanza rota por el tubo del castro maragato de Revilla, y sendos brazaletes bronceos, macizos, penulares y con decoraciones incisas, que se conservan en el Museo de los Caminos de Astorga. Aquellas carecen de rasgos distintivos suficientes como para asignarles un lugar concreto dentro del largo desarrollo del Bronce Final, aunque en principio parecen abiertamente posteriores al ejemplar de Valdevimbre. Con respecto a los brazaletes, recuerdan a los bretones de Saint Briec des Iffs y también, aunque allí falten los dibujos circulares documentados en la decoración de los leoneses, a los del depósito burgalés de Padilla de Abajo, que se ha datado hacia 900-850⁽³²⁾; son en todo caso piezas relativamente comunes en las tierras de la Meseta, para las que resulta urgente la búsqueda de una cronología más precisa⁽³³⁾.

c) *El Bronce Final III* — Si el Bronce Final II es el periodo de las espadas pistiliformes, el Bronce Final III lo será de las denominadas de lengua de carpa, nuevos modelos de puño tripartido, como los anteriores, pero de bordes paralelos y con la guarda en V en vez de en U, cuyo principal distintivo es su extremo bruscamente estrechado, según dicen en «lengua de carpa», «lengua de gato» o «gota de sebo»⁽³⁴⁾. El hecho es que efectivamente estos tipos sustituyen a los pistiliformes en casi todas las regiones atlánticas a partir aproximadamente del 900/850. Su origen ha sido una de las cuestiones más debatidas en el estudio del Bronce Final III, tendiendo la investigación moderna a aceptar la conocida tesis de Cowen⁽³⁵⁾ de que derivaban de los tipos pistiliformes y de que su transición se verificaba a través de los modelos bretones de tipo Saint Nazaire — aun pistiliformes pero ya con guardia en V — lo que, en buen grado, suponía aceptar el origen absoluto de las espadas de lengua de carpa en este sector del occidente de Francia y su difusión desde allí al resto de los territorios atlánticos. Hoy, sin embargo, se hace necesario introducir nuevos matices en tal interpretación. Así, nos parece interesante recordar que el sistema de bordes paralelos se va afianzando no sólo en las espadas atlánticas del Bronce Final III, sino también aunque menos acentuadamente, en las centroeuropeas de los Urnenfelder, como las de Auvergnier o incluso Möringen⁽³⁶⁾. Pero todavía mucho más importante resulta, en nuestra opinión, comprobar que existen ciertas espadas hispanas todavía de guarda en U pero ya con hoja de bordes paralelos aunque no con punta de lengua de carpa, cual es el caso de la gallega de Valga⁽³⁷⁾ y, muy especialmente, de la leonesa de Villaverde de la Chiquita⁽³⁸⁾, que responden a formas tan «intermedias» entre las pistiliformes y las del Bronce Final III como lo puedan ser las de Saint Nazaire, o la misma espada del Río Esla, del Museo de Barcelona, muy poco pistiliforme en comparación por ejemplo con la de Veguellina y ya con una zona de empalme en indiscutible V. A lo que nos llevan, por tanto, estas observaciones es a desterrar la idea de que el tránsito de los modelos del Bronce Final II a los de lengua de carpa es unívoco, es decir una exclusiva bretona; también en la Península Ibérica se rastrea la génesis de estos últimos y una prueba más en favor de ello la manifiestan varias espadas de lengua de carpa de la Ría de Huelva, del inicio del Bronce Final III, que denotan aún en sus hojas cierto carácter pistiliforme residual, enfatizado por Fernández Miranda y Ruiz Galvez⁽³⁹⁾.

Las de Huelva suelen considerarse por ello los más primitivos modelos de lengua de carpa, caracterizados por un tipo de empuñadura de amplios calados, que a veces ha merecido el calificativo de

⁽³¹⁾ Ya hemos aludido a estos talleres en otras ocasiones (DELIBES DE CASTRO, G. *Materiales de la Edad del Bronce en la Colección del P. Saturino de Silos*, (en prensa).

⁽³²⁾ MAC WHITE, E. *Estudio sobre las relaciones atlánticas de la Península Hispánica en la Edad del Bronce*, (Disertaciones Matritenses, II), Madrid, 1951, p. 89, lám. XXII; BOSCH GIMPERA, P. *La Edad del Bronce en la Península Ibérica*, A.E.A., 89-90, 1964, p. 67.

⁽³³⁾ Un buen lote de estas piezas se conserva en la Colección Fontaneda. Algunos de ellos proceden de Villaverde de la Chiquita (León).

⁽³⁴⁾ ALMAGRO, M. El hallazgo de la Ría de Huelva y el final de la Edad del Bronce en el Occidente de Europa, *Ampurias*, II, 1940, p. 86.

⁽³⁵⁾ COWEN, J. D. *Les origines des épées du bronze de type a langue de carpe*, (C.U.I.S.P.P.), Madrid, 1954 (1956), pp. 639-642.

⁽³⁶⁾ GAUCHER, J. et MOHEN, J. P. *Typologie...*, ob. cit., p. 432.

⁽³⁷⁾ RUIZ GALVEZ, M. La espada de Valga: armas arrojadas a las aguas, *El Museo de Pontevedra*, en prensa.

⁽³⁸⁾ Véase nota 15.

⁽³⁹⁾ FERNANDEZ MIRANDA, M. y RUIZ GALVEZ, M. El depósito de la Ría de Huelva y su contexto cultural, *Oskitania*, Burdeos, 1980, p. 66.

«esquelética». Tales tipos faltan prácticamente en el cuadrante Noroeste de la Península (40) y ello nos hace pensar que a lo mejor coincidieron cronológicamente con las últimas espadas de empalme en U de este territorio. La realidad es que, prescindiendo de la problemática pieza de Hío (41), todas las espadas de tal zona correspondientes al Bronce Final III parecen de un momento bastante avanzado del mismo, como la pieza de Isorna (42) o la leonesa de Villafranca del Bierzo (43), que deben fecharse sin grandes agobios en la segunda mitad del siglo VIII a. de J.C. El interés de la última, en todo caso, radica en reunir casos atlánticos como los tres calados, el pivote del pomo y su presumible extremo en lengua de carpa, clásicos todos ellos de las espadas francesas de tipo Venat (44), y otros del Este, propios de ciertas armas del Mediterráneo Central (45), como la tendencia del puño a hacerse macizo y su delimitación, mediante un arco en resalte, con respecto a la hoja.

Las espadas de pivote cilíndrico, aunque no muy abundantes, ofrecen una dispersión bastante amplia escalonándose en el Atlántico desde los Países Bajos hasta el Sur de la Península Ibérica, y en el Mediterráneo desde Almería a Cerdeña y el occidente de Italia. Ello ha sugerido a Cowen (46) la posible distribución del tipo por una ruta marítima de cabotaje tendida entre el Bajo Loire y el centro del Mediterráneo sin duda como resultado de la cada vez más intensa presión en Occidente del comercio orientalizante. Entiéndese así la producción en Iberia de las fibulas acodadas de tipo Huelva (47), que asimilan rasgos chipriotas y sículos, y cuya difusión no sólo se limitará a las zonas costeras o al propio Suroeste, sino que afectará de manera importante a las tierras interiores, donde se asocian en varias estaciones a cerámicas del grupo Cogotas I (48). Un ejemplar de este modelo, que nosotros desconocemos, al parecer procede de la localidad leonesa de Villasabariego (49).

Es comunmente aceptado que por estas fechas próximas al 800 los talleres del Noroeste alcanzan el punto culminante en la producción de hachas de talón con anillas, lo que invita a pensar que también sean del Bronce Final III algunas piezas con análogo diseño de las tierras meseteñas. La cronología avanzada de tales herramientas parece avalada por diversos argumentos como el desarrollo de aleaciones ternarias (Cu-Sn-Pb) en la fundición de las mismas, lo que presupone cierto paralelo con el Bronce Final III de otros territorios atlánticos (50); como la presencia de algunas piezas en depósitos indudables de esa misma fase, entre los que cabría mencionar de Hío, Maçao, Arganil (51) o, incluso, el sardo de Sa Idda (52); y, finalmente, la propia reproducción en plomo de este modelo de palstave — por ejemplo en Henayo (53) —, que sugeriría una datación de inicios del Ha C por convergencia con las hachas de cubo plúmbeas de tipo Pleucadeuc (54). Todo ello acredita de manera rotunda la pervivencia de tales herramientas en el Noroeste peninsular — y en buena lógica también en tierras de León — en los siglos IX y VIII.

Puede ser interesante comprobar que en el nutrido depósito girondino de Vénat de estas mismas fechas, comparecen las hachas de apéndices laterales pero no las de talón (55). Su ausencia no puede justificarse — como acaso se fuera posible argumentar en el caso del depósito de Huelva — sobre la base de una particular valoración funcional del conjunto, ya que el mismo incluía hachas de otros muchos tipos; pero tampoco responde, a nuestro entender, a un desfase cronológico de Venat con los palstaves con asas. Simplemente se debe a que por entonces estos últimos modelos carecen de aceptación más allá del Pirineo y reducen su difusión exclusivamente al Noroeste de la Península. En cualquier caso, Vénat en el Atlántico (56) y Sa Idda en el Mediterráneo (57) demuestran la persistencia de las hachas de apéndices laterales en el siglo VIII,

(40) SAVORY, H. N. A Idade do Bronze Atlântico no Sudoeste da Europa, *Rev. de Guimarães*, LXI, 1951, p. 335 y 342; IDEM, *Espanha e Portugal*, Lisboa, 1971, pp. 231 y 240.

(41) ALMAGRO GORBEA, M. La espada de Entrambasaguas..., ob. cit., p. 465.

(42) RUIZ GALVEZ, M. Consideraciones sobre el origen de los puñales de antenas gallego-asturianos, *Actas do Seminário de Arqueologia do Noroeste Peninsular, I*, Guimarães, 1980, pp. 85-111.

(43) DELIBES DE CASTRO, G. y FERNANDEZ MANZANO, J. Una espada de lengua de carga excepcional procedente de El Bierzo, *T. de P.*, 36, 1979, pp. 439 y ss.

(44) GAUCHER, G. et MOHEN, J. P. *Typologie*..., ob. cit., p. 56.

(45) TARAMELLI, A. Il ripostiglio dei bronzi nuragici di Monte Sa Idda, *Monumenti Antichi*, XXVII, pp. 5-108, fig. 1-93; BIANCO PERONI, V. La spade nell'Italia Continentale, *P.B.F.*, A., IV, 1, München, 1970, pp. 97-98.

(46) COWEN, J. D. A striking maritime distributios-pattern, *P.P.S.*, XXXVII, 1971, pp. 154 y ss.

(47) DELIBES DE CASTRO, G. Una inhumación triple de facies Cogotas I en San Roman de la Hornija (Valladolid), *T. de P.*, 35, 1978, pp. 244 y ss.

(48) *Ibidem*.

(49) COFFYN, A., GOMEZ, J. et MOHEN, J. P., *L'Apogée du Bronze Atlantique: le dépôt de Vénat*, Paris, 1981, carte, 9, n.º 32.

(50) SIERRA, X. C. *Sobre la tecnología del Bronce Final en los talleres del Noroeste Hispano*, (*Studia Archeologica*, 47), 1978.

(51) Véase sobre ellos: MONTEAGUDO, L. *Die beile*..., ob. cit.

(52) TARAMELLI, A. Scoperta di un ripostiglio di bronzi di età Preromana a Monte Sa Idda, *Notizia degli scavi*, XII, 1915, pp. 89-97, fig. 1-7.

(53) LLANOS, A. Sobre algunas hachas de metal localizadas en Alava, *E.A.A.*, 4, 1970, pp. 48-50.

(54) RIVALLAIN, J. *Contribution a l'Etude du Bronze Final en Armorique*, Rennes, 1971.

(55) COFFYN, A., GOMEZ, J. et MOHEN, J. P. *L'Apogée du Bronze*..., ob. cit.

(56) *Ibidem*.

(57) TARAMELLI, A. Scoperta di un ripostiglio..., ob. cit.

posibilitando trasladar aun a este momento parte de las peculiares piezas leonesas de este modelo que, como decíamos más arriba, se fabrican ya en talleres locales durante el Bronce Final II.

La perduración de los útiles mencionados — hachas de apéndices y talón — verosimilmente hasta el siglo VIII denota un cierto inmovilismo tipológico en la metalurgia leonesa del Bronce Final III, que sin embargo no puede identificarse estrictamente con aislamiento ni retraso. Estos dos últimos síntomas resultan algo más acentuados en otros territorios meseteños que en León, donde al menos tenemos ocasión de documentar, aunque sea excepcionalmente, algun hacha de cubo ⁽⁵⁸⁾ y varias hoces — dos de Torre de Babia y un molde para fundirlas de Sacaajos, cerca de La Bañeza — denotando una mayor identificación con el Bronce Atlántico. El hacha responde en efecto a un modelo bastante difundido por Galicia y el Norte de Portugal, al que también cabe adscribir ciertas piezas asturianas ⁽⁵⁹⁾ y que en última instancia evidencia relación con las hachas de cubo bretonas y sus derivados ⁽⁶⁰⁾, quedando muy lejos, por tanto, de las que en Cataluña y Aragón acompañan a los Campos de Urnas ⁽⁶¹⁾. Con respecto a las hoces, ostentan un rasgo peculiar que consiste en tener caras planas, no nervadas. Ello las aleja en cierto modo de la Península, aunque no lo suficiente como para pasar por alto que todas aparecen sujetas a una fórmula de empuñadura común — con una ancha lengüeta para ser insertada — característica y exclusiva de un modelo hispano que limita prácticamente su dispersión a una franja periférica entre el estuario del Tago y Asturias.

Hachas de cubo y hoces denotan un escaso poder de penetración hacia las tierras peninsulares del interior que contrasta con el de otros elementos, específicamente atlánticos y seguramente importados, del final de la Edad del Bronce. Nos referimos a los calderos de chapas bronceas claveteadas, que en la Península se denominan de tipo Cabarceno ⁽⁶²⁾. De probable origen irlandés, aunque no haya que descartar la existencia de talleres para fabricarlos en algun punto de Gran Bretaña, se manifiestan, como prueba del dinamismo de su comercio, en algunos de los grandes depósitos franceses del Bronce Final ⁽⁶³⁾ y en otros de la Península Ibérica, siempre al Norte del Tago, como el de Hío ⁽⁶⁴⁾ o, más problemáticamente, el burgalés de Huerta de Arriba ⁽⁶⁵⁾. Una pieza de este tipo, magníficamente conservada, se halló en el interior de una mina de la localidad leonesa de Lois, siendo la única que con seguridad se conoce en la provincia ya que algunos fragmentos del castro de Villaceid ofrecen ciertos problemas de filiación. Su presencia, en todo caso, es de gran interés y, opinamos, responde al estrecho contacto que en este Bronce Final III debió existir, a través de los pasos de la cordillera, con las tierras de Asturias. En éstas, en efecto, no sólo no faltan los calderos, que se conocen cuando menos en Pico Castiello, Pencia y Tineo ⁽⁶⁶⁾, sino que también se documentan otros tipos excepcionales, pero al fin y al cabo representados, en el Bronce Final III de León, como las hachas de cubo o las hoces, con la peculiaridad de que en varios casos proceden de castros ya ocupados en la Edad del Hierro. Ello nos lleva a otorgar a todos ellos una cronología bastante avanzada dentro del Bronce Final III, acaso ya en límite con el Hierro, lo que por otra parte justificaría que el caldero de Lois fuese hallado en asociación con una curiosa azuela/martillo de empuñadura directa ya forjada en el nuevo metal ⁽⁶⁷⁾.

*

* *

Diversos datos como la abundancia de elementos metálicos, como la particular tipología a la que estos responden, como la existencia de algunos moldes de fundición o como la propia evidencia de la explotación de ciertas minas, testimonian la importancia del territorio leonés como foco metalúrgico del Bronce Final. Sin embargo es apenas nada lo que sabemos en detalle de las características de las

⁽⁵⁸⁾ HARDAKER, R. Las hachas de cubo en la Península Ibérica, *Quadernos de Prehistoria y Arqueología Castellonenses*, 3, 1976, pp. 150-172.

⁽⁵⁹⁾ BLAS CORTINA, M. A. de Un interesante molde para fundir hachas de cubo y anillas, *XIII CNArq.*, Zaragoza, 1975, pp. 507-512.

⁽⁶⁰⁾ BRIARD, J. *Les dépôts...*, ob. cit.

⁽⁶¹⁾ HARDAKER, R. Las hachas..., ob. cit., p. 151 y ss.

⁽⁶²⁾ GARCIA BELLIDO, A. El caldero de Cabarceno y la diadema de Ribadeo. Relaciones con las Islas Británicas, *A.E.A.*, 14, 940-1941, pp. 560 y ss.; HAWKES, C.F.C. Las relaciones del Bronce Final en la Península Ibérica y la Islas Británicas, *Ampurias*, XIV, 1952, pp. 111-112.

⁽⁶³⁾ Por ejemplo en la Prairie des Mauves de Nantes (BRIARD, J. *Les dépôts...*, ob. cit., p. 236).

⁽⁶⁴⁾ RUIZ GALVEZ, M. El depósito de Hío (Pontevedra) y el final de la Edad del Bronce en la fachada atlántica peninsular, *El Museo de Pontevedra*, XXXIII, 1979, pp. 3 y ss.

⁽⁶⁵⁾ MARINEZ SANTA-OLALLA, J. Escondrijo de la Edad del Bronce Atlántico en Huerta de Arriba (Burgos), *Actas y Memorias de la Sociedad Española de Antropología, Etnografía y Prehistoria*, 17, 1942, pp. 127 y ss. Son materiales en el mejor de los casos problemáticos. Sobre ello, véase: SCHUBART, H. Atlantic Nietenkessel von der Pyrenäehalbinsel, *Madr. Mitt.*, 2, 1961, pp. 44-45 y sobre todo nota 23

⁽⁶⁶⁾ Ibidem, p. 43; ESCORTELL, M. y MAYA J. L. Materiales de El Pico Castiello, Siero en el Museo Arqueológico Provincial, *Archivum*, XXII, 1972, pp. 37 y ss.

⁽⁶⁷⁾ SCHUBART, H. Atlantische Nietenkessel..., ob. cit., p. 38, fig. 10, A.

fundiciones, por falta de estudios profundos sobre las aleaciones utilizadas así como sobre el origen de los metales mezclados. Únicamente poseemos cierta información relacionada con dos de las espadas pistiliformes, la del Río Esla y la de Veguellina, en las que sendos análisis han desvelado una composición metálica bastante similar, a base de casi un 90 % de cobre, algo menos del 10 % de estaño y una débil pero representativa cantidad de plomo ⁽⁶⁸⁾. Dicha composición es bastante próxima a la de las espadas pistiliformes de otros territorios atlánticos, y denota el inicio de las aleaciones ternarias, con adición de plomo, que tanto éxito alcanzaran en el Bronce Final III en casi toda la fachada atlántica. En la provincia de León, donde probablemente varias de las piezas que hemos clasificado en ese momento tengan la mencionada composición ternaria, solo conocemos con seguridad un conjunto de armas en el que se da ese tipo de aleación, el depósito de lanzas de Bembibre, que significativamente agrupa tipos de matriz tubular muy corta y, consecuentemente, hoja maciza que se pueden situar hacia el 700 e incluso a lo largo del siglo VII, es decir en una época en que se considera inaugurada la Edad del Hierro. Las aleaciones con plomo, que tienen el inconveniente de disminuir la dureza y resistencia de los bronce, alcanzan sorprendentemente una gran aceptación ello sólo puede responder a factores económicos — el plomo sustituiría en parte al cobre, cada vez más apreciado —, funcionales — los aleados de plomo se trabajan mucho más fácilmente en frío —, o tecnológicas — la adición de plomo rebaja el punto de fusión la mezcla y permite economizar combustible —, sin que sepamos precisar cual de ellos justifica en las tierras leonesas su adopción.

Otra cuestión es plantear quienes fueron los artífices de ese espectacular despegue metalúrgico, que solo tiene parangón en la Meseta con el que se advierte en la vertiente occidental del Moncavo. Acertadamente o no, la arqueología tiende a individualizar grupos culturales sobre la base del diferente bagaje cerámico documentado sincronicamente en distintos territorios. De tal manera, por ejemplo, el *grupo cultural* Cogotas I ha sido definido y centrado en un territorio — del que las tierras leonesas, como ya se dijo anteriormente, forman parte — tomando como referencia la distribución de las cerámicas excisas y del Boquique. Y es precisamente sobre esa base, sobre la que encuentra justificación la pregunta de si pudieron ser las gentes Cogotas I las responsables de la metalurgia leonesa del Bronce Final.

El origen de tan particular cultura norteña debe centrarse, como vimos más arriba en el Bronce Medio; sin embargo Cogotas I también desborda por el Bronce Final y buena prueba de ello la encontramos en la mayor parte de las fechas absolutas conseguidas para excisión y boquique, así como en determinadas asociaciones metálicas. En primer lugar, las dataciones del Ecce Homo, San Román de la Hornija, y Monachil se sitúan aproximadamente entre 1.200 y 870 ⁽⁶⁹⁾, lo que supondría que dicho mundo al menos sobrevivió hasta el término del Bronce Final II. Pero es que, además, a igual conclusión parece llevarnos el otro argumento, el de las asociaciones con elementos metálicos bien fechados ya que los más tardíos de estos — prescindiendo de los poco convincentes conjuntos, con hierros, de algunas chozas del Berrueco ⁽⁷⁰⁾ — parecen ser una espada de guarda en V (¿y hoja pistiliforme?) de Solacueva de Lacoymonte ⁽⁷¹⁾ y las fíbulas de codo de tipo Huelva ⁽⁷²⁾, es decir una arma de pleno Bronce Final II y un aderezo de muy el inicio (Horizonte Huelva del Bronce Final III).

Tales argumentos parecen acreditar la persistencia de Cogotas I hasta mediados o finales del siglo IX, momento en que aparentemente periclitó, con lo cual no llegamos a despejar la incógnita de quienes de fueron los propietarios de las armas y útiles bronceos que, como las hoces, la espada de Villafranca o el caldero de Lois, rebasan esa cronología. En otras palabras, falta por definir el sustrato cultural del Bronce Final III.

En relación con ese problema es necesario recordar que en el Duero Medio desde aproximadamente el siglo VIII se advierte la llegada de gentes foráneas, de origen dudoso aunque fuertemente impregnadas por una tradición de Campos de Urnas, que se conocen como grupo Soto de Medinilla debido a su buena representación en el *tell* vallisoletano de este nombre ⁽⁷³⁾. Palol, su excavador, que aludió al sincronismo de las últimas cerámicas excisas y del Boquique con las primeras pintadas del nivel inferior del yacimiento ⁽⁷⁴⁾, hace remontar la aparición de estas últimas hasta el 800 — un Bronce Final III, por tanto —, fecha que conforme vimos antes no queda muy lejos de la que proponíamos para el fin de Cogotas I. De

⁽⁶⁸⁾ DELIBES DE CASTRO, G. y MANANES PEREZ, T. La espada pistiliforme..., ob. cit., pp. 166-168.

⁽⁶⁹⁾ ALMAGRO GORBEA, M. *El Bronce Final y el Periodo Orientalizante en Extremadura*, (B.P.H., XIV), 1977, pp. 114-115.

⁽⁷⁰⁾ MALUQUER DE MOTES, J. *Excavaciones arqueológicas en el Cerro del Berrueco, (Salamanca)*, (Acta Salmanticensia, XIV, 1), 1958, pp. 53-55.

⁽⁷¹⁾ Véase nota 19.

⁽⁷²⁾ Véase nota 47.

⁽⁷³⁾ PALOL, P. de y WATENBERG, F. *Carta arqueológica de España. Valladolid*, Valladolid, 1974, pp. 181-193. Se recoge toda la bibliografía anterior.

⁽⁷⁴⁾ PALOL, P. de *Notas para la sistematización de la Primera Edad del Hierro en Castilla la Vieja: Los silos del Barrio de San Pedro Regalado en Valladolid, Homenaje a P. Bosch Gimpera*, México, 1963, pp. 276 y ss.

ello nos atrevemos a deducir que en este sector, muy probablemente, el ocaso de dicha cultura fué provocado por la irrupción de aquellas gentes.

Puesto que el grupo de El Soto se proyecta de forma bastante decidida hacia el Noroeste, dejando su huella en distintos poblados leoneses de la Tierra de Campos, el Páramo y la Maragatería (75), parece posible identificar con el mismo el sustrato del Bronce Final III local que hizo posible el apogeo de la metalurgia del bronce. Desde luego en las viviendas circulares de adobe del propio Soto hay constancia de fundiciones bronceas de envergadura, y no sólo en los niveles de ocupación más antiguos del poblado, sino incluso en los correspondientes al primer Hierro (76). Crisoles, moldes de arcilla en alto número y tortas de fundición desvelan ostensiblemente esta actividad por otra también documentada en castros leoneses de idéntico signo cultural como Lancia — donde se recuperó un crisol (77) — y sobre todo Sacaojos, cerca de La Bañeza, con crisoles muy próximos a los del Duero Medio, y además con una matriz de arenisca en la que significativamente se moldeaban hoces planas análogas a las de Torre de Babia (78). Por otra parte, en la zona vallisoletana se atribuyen también a las gentes del Soto ciertas puntas de lanzas de bronce, cortas y de matriz tubular poco desarrollada, como las de Medina de Rioseco (79) y Cisneros (80), que parecen responder a modelos regionales, bastante particulares, del tránsito Bronce Final/primer Hierro, y que son exactamente iguales a las que integran el depósito berciano de Bembibre (81), poniendo en evidencia una vez más el nexo cultural de esta zona con el centro de la Meseta.

Cronológicamente también la espada de Villafranca del Bierzo coincide con esta facies Soto de Medinilla, y ello no puede sorprender en exceso si tenemos en cuenta que un puñal de características muy similares procede de la localidad palentina de Paredes de Nava (82), y concretamente del yacimiento conocido con el nombre de «La Ciudad», en el que hay constancia de un horizonte de cerámicas oscuras, espatuladas y preferentemente lisas, análogas a las del propio Soto o Sacaojos (83). No parecen existir, por tanto, grandes dudas de que son estas gentes imprecisamente llamadas hallstáticas, de poblados como Sacaojos o Lancia, las que hacen posible que en el Bronce Final III y el inicio del Hierro las industrias bronceas del foco leonés alcancen su punto álgido. Es un pueblo, pues, con gran arraigo en las tierras del interior, y sin embargo suficientemente dinámico y vigoroso como para no inhibirse de las corrientes culturales atlánticas que hacen posible, por ejemplo, la llegada de piezas de origen lejano como el caldero de Lois. Un grupo a medio camino entre el Noroeste y el Duero Medio, en el que, tal vez, sea posible rastrear las raíces de los históricos *astures* (84).

(75) Este aspecto aparece muy bien recogido en los trabajos de: ESPARZA ARROYO, A. Notas sobre la facies Cogotas I en la Provincia de Burgos, *Masburgo*, I, 1978, pp. 71-92.

(76) PALOL, P. de y WATENBERG, F. *Carta arqueológica...*, ob. cit., p. 192; Sobre metalurgia de bronce de este grupo cultural, véase también: MARTIN VALLS, R. y DELIBES DE CASTRO, G. Die Hallstattzeitliche Siedlung von Zorita bei Valoria la Buena, Provincia de Valladolid, *Madr. Mitt.*, 19, 1978, pp. 219 y ss.

(77) DELIBES DE CASTRO, G. Nuevos materiales prehistóricos del Museo Diocesano de León, *Archivos Leoneses*, 68, 1980, pp. 395-397.

(78) Los crisoles, inéditos, en el Museo de San Marcos, en León. Sobre el molde: LUENGO MARTINEZ, J. M. Castros Leoneses, *IV CNArq., Oviedo*, 1959, Zaragoza, 1961, pp. 105 y ss.

(79) PALOL, P. de Hallazgos en el pago de San Andrés, de Medina de Rioseco, *B.S.A.A.*, 33, 1967, pp. 223 y ss.

(80) DELIBES DE CASTRO, G. Un conjunto de lanzas de bronce de Cisneros, Palencia, *Homenaje al Prof. Almagro*, en prensa.

(81) FERNANDEZ MANZANO, J., MAÑANES PEREZ, T. y RAMOS, F. Un depósito de puntas de bronce hallado en Bembibre, León, *T. de P.*, 39, 1982, pp. 349-368.

(82) COWEN, J. D. A striking maritime..., ob. cit., p. 155, nota 1.

(83) NIETO, G. Excavaciones realizadas por el Seminario de Valladolid. El yacimiento prerromano de Paredes de Nava, *B.S.A.A.*, IX, 1942-1943, p. 189.

(84) El gran atractivo que hallará Roma en territorio astur será, sin duda, su riqueza aurífera. Sin embargo, la misma apenas si debió explorarse durante la Edad del Bronce, si reparamos en la inexistencia de joyas áureas prerromanas en la zona. Sólo existe una noticia referente a un brazaletes de puas, tipo Villena-Estremoz, que fué presuntamente hallado en la provincia de León, sin que se tenga la certeza absoluta de que así sea (ALMAGRO, M. De orfebrería céltica: el depósito de Berzocana y un brazaletes del Museo Arqueológico Nacional, *T. de P.*, 26, 1969, pp. 284-287.